

el mismo sitio donde se le quitó con tanto oprobio é ignominia, y que juzgue justamente á los hombres allí mismo donde ellos tan injustamente le juzgaron.”

El aspecto del valle de Josafat es tétrico y solitario, pues su lado occidental lo forma un tajado monte de tiza que sostiene las góticas murallas de la ciudad, sobre las cuales se descubre Jerusalem: el lado oriental lo forma el monte de las Olivas y el del Escándalo, *mons Offensionis*, llamado así por la idolatría de Salomón. Estos dos montes, que hegan á juntarse, están casi privados de vegetacion, y tienen un color rojo muy oscuro: en sus vertientes solitarias se ven desparramadas á grandes distancias algunas negras y abrasadas cepas y bosquecillos de acebuches; se hallan grandes espacios de terreno erial, cubiertos de hisopos, con diferentes capillitas, oratorios y mezquitas arruinadas. En lo hondo del valle hay un puente de solo un arco para pasar el arroyo de Cedron. Las piedras del cementerio de los judíos se ven como un monton de ruinas al pié del monte del Escándalo, bajo la aldea árabe de Siloan, y apenas se pueden distinguir las casucas de esta aldea de los sepulcros que por todas partes la circuyen. En este campo de destruccion sobresalen tres monumentos antiguos, que son los sepulcros de Zacarías, de Josafat y de Absalon. Al considerar la tristeza de Jerusalem, de donde no se ve salir humo alguno, ni se oye ruido; la soledad de aquellos montes, en los que no se encuentra ningun ser viviente, el confuso desordenado hacinamiento de tantos sepulcros deshechos, rotos, abiertos y profanados, se diria que sonó ya la trompeta del juicio, y que los muertos van á levantarse en el valle Josafat.

A la orilla misma, y casi en el nacimiento del arroyo de Cedron, entramos en el huerto de las Olivas, que pertenece

á los padres latinos, por haberlo comprado de sus propios, y en él se ven aún ocho grandes olivos, que son en extremo viejos. Pudiéramos llamar al olivo un arbol inmortal, por lo mucho que dura, á causa de renacer de su cepa; y así es que en la ciudadela de Atenas se conservaba un olivo que se plantó en la época de la fundacion de la ciudad. Los olivos del huerto de este nombre en Jerusalem, son por lo menos del tiempo del Bajo-Imperio, y la prueba es muy sencilla. En Turquía todos los olivos que estaban en pié cuando los musulmanes invadieron el Asia, solo pagan al fisco un medin; pero los olivos plantados despues de la conquista, pagan al gran señor la mitad de sus frutos;<sup>1</sup> y como los ocho olivos ya referidos pagan solo ocho medines, prueban su grande antigüedad.

Nos apeamos á la puerta de este huerto para andar á pié las estaciones del monte. El lugar de Gethsemaní se hallaba á alguna distancia del huerto, pero al presente se confunde con él.

Entramos primero en el sepulcro de la Virgen, que es una iglesia subterránea, á la que se baja por cincuenta escalones de hermoso mármol blanco: está dividida entre todas las sectas cristianas, y aun los mismos turcos tienen allí su oratorio; pero solo los católicos poseen el sepulcro de la Virgen. Aunque nuestra Señora no murió en Jerusalem, segun la opinion de muchos padres, los apóstoles la enterraron milagrosamente en Gethsemaní; y Eutimio nos describe este maravilloso entierro. Habiendo hecho Santo Tomás que se abriese el sepulcro, solo se halló una ropa.

<sup>1</sup> Esta ley es tan absurda como lo son la mayor parte de las leyes de Turquía; y es cosa muy estraña perdonar al vencido en los momentos en que la violencia de una conquista puede disimular la injusticia, y atormentar á los súbditos en plena paz.

virginal, que era la de la Reina de los cielos, que los ángeles habían subido á la gloria.

También se ve en esta iglesia subterránea los sepulcros de San José, San Joaquín y Santa Ana.

Luego que salimos del sepulcro de la Virgen, fuimos á ver en el huerto de las Olivas la cueva donde el Salvador oró y sudó sangre la noche de su pasión, diciendo estas palabras: *Pater, si possibile est, transeat á me calix iste.*

Esta cueva es de forma irregular, y se han hecho en ella muchos altares. A la parte de fuera y á algunos pasos de la cueva, se ve el paraje en que Judas dió el beso de paz á Jesús para entregarlo á los judíos. ¡A cuán cruel tormento no se humilló en esto el Señor! Sufrió aquel amargo hastío de la vida que tanto trabajo cuesta vencer á la misma virtud.

Y en el instante en que un ángel tiene que bajar del cielo para sostener á la Divinidad oprimida, por decirlo así, con el peso de las miserias humanas, esta misericordiosa Divinidad es vendida por el hombre.<sup>1</sup>

Habiendo salido de la cueva del Cáliz de amargura, y subiendo por un camino torcido y pedregoso, el dragoman nos hizo detener cerca de una peña, desde donde se cree que Jesucristo miró á la ciudad y lloró meditando su próxima destrucción. Observa Baronio que Tito acampó en el paraje mismo en que el Salvador predijo la ruina de Jerusalén. Pero Doubdan, que sin citar á Baronio, impugna su opinión, cree que la sexta legión romana acampó en la cumbre del monte Olivete, y no en sus vertientes. Esta crítica es demasiado rígida, sin que por eso sea menos justa ni bella la observación de Baronio.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Véase la nota F al fin del tomo.

<sup>2</sup> Véase la nota G al fin del tomo.

Desde la peña de la *Predicción* subimos á unas cuevas que están á la derecha del camino. Las llaman los *Sepulcros de los Profetas*; pero no contienen ninguna particularidad, ni se sabe de qué profetas son las cenizas que allí reposan.

Un poco más arriba de estas cuevas hallamos una especie de cisterna formado de doce arcos, y aquí fué donde los apóstoles compusieron el credo. Mientras que todo el mundo adoraba las más vergonzosas divinidades, doce desconocidos pescadores componían la profesión de fe del género humano, y reconocían la unidad de Dios, criador de aquellos mismos astros, ante los cuales no se atrevían las mismas gentes á proclamar su existencia. Si algún romano de la corte de Augusto hubiese pasado cerca de este subterráneo y visto á los doce judíos que componían aquella obra sublime, ¡con qué desden hubiera hablado de aquellos primeros fieles! ¡no les hubiera mirado, tachándolos de supersticiosos! Y sin embargo, aquellos primeros fieles iban á derribar los templos del romano, á destruir la religión de sus padres, á mudar las leyes, la política, la moral, la razón y hasta las ideas de aquellos hombres. No desesperamos jamás de la salud de los pueblos. Gimen ahora los verdaderos cristianos por la general tibieza en la fe; pero ¿quién sabe si Dios no ha sembrado ya en un campo desconocido el grano de mostaza que debe multiplicarse hasta lo infinito? Acaso se halla ya delante de nosotros, sin que la percibamos, esta esperanza de salud; acaso nos parecerá tan ridícula como imposible. ¡Empero quién creyó entonces en la locura de la cruz?

Subiendo un poco más arriba se encuentran las ruinas, ó más bien el sitio solitario donde hubo una capilla; y es

tradicion constante que Jesucristo compuso aquí el *Padre nuestro*.

“Como un dia estuviere orando en cierto paraje, cuando hubo acabado de orar, uno de sus discípulos le dijo: Señor, enseñadnos á orar, como Juan ha enseñado á sus discípulos.

“Y él les dijo: Cuando oreis, decid: Padre nuestro, que estais en los cielos, santificado sea tu nombre, etc. (*San Lucas*).”

De este modo se compusieron casi en un mismo paraje la profesion de fe de todos los hombres y la oracion de todos los hombres.

Treinta pasos mas allá, tirando un poco hácia el Norte, hay un olivo, á cuyo pié el Hijo del Arbitro soberano predijo el juicio final.<sup>1</sup>

En fin, despues de haber andado mas de cincuenta pasos sobre el monte, se llega á una mezquita pequeña de forma ochavada, restos de una iglesia que se edificó en el mismo paraje en que Jesucristo subió á los cielos despues de su resurreccion. En medio de esta mezquita hay una piedra, en la que se ve estampado el pié izquierdo de un hombre, y antes se veia la huella del pié derecho; pero la mayor parte de los peregrinos dicen que los turcos cortaron el pedazo de piedra donde estaba esta huella, para colocarlo en la mezquita del templo; pero Roger afirma terminantemente que no existió. Omito por respeto manifestar mi opinion; sin estar, sin embargo, convencido ante considerables testimonios: San Agustín, San Gerónimo, San Paulino, Sulpicio Severo, el venerable Beda, la tradicion, y todos los viajeros antiguos y modernos, aseguran que esta huella es la estampa del pié de Jesucristo, y han inferido

1 Véase la nota H al fin del tomo.

que el Salvador, en el instante de su gloriosa ascension, tenia el rostro vuelto hácia el Norte, como volviendo para siempre las espaldas al Mediodía, que tan contaminado se veia de errores; llamando con esto á la fe á los bárbaros, que debían derribar los templos de los falsos dioses, crear nuevas naciones, y plantar el estandarte de la cruz sobre las murallas de Jerusalem.

Muchos padres de la Iglesia creen que Jesucristo subió á los cielos acompañado de las almas de los patriarcas y de los profetas que habia libertado de las cadenas de la muerte: su madre y ciento veinte discípulos suyos fueron testigos de su ascension. Estendió los brazos como Moisés, dice San Gregorio de Nazianzo, y presentó sus discípulos á su Padre: despues cruzó las manos poniéndolas sobre las cabezas de aquellos bienaventurados,<sup>1</sup> á la manera que bendijo Jacob á los hijos de José, y despues, elevándose de la tierra con admirable majestad, suavemente subió á las moradas eternas, y se ocultó en una resplandeciente nube.<sup>2</sup>

Santa Elena hizo construir una iglesia en el sitio que hoy ocupa la mezquita; y añade San Gerónimo, que no fué posible cerrar jamás la parte de la bóveda de esta iglesia, y que correspondia precisamente al punto por donde Jesucristo se elevó en los aires. El venerable Beda asegura que en su tiempo la víspera de la Ascension por la noche se observaba el monte Olivete cubierto de fuegos. En esto no hago mas que referir los hechos con el objeto de conocer la historia y las costumbres; pero si Descartes y Newton hubieran dudado filosóficamente de estos prodigios,

1 Tertuliano.

2 Ludolfo.

Racine y Milton no los hubieran repetido en su elevada poesía.

Tal es la historia evangélica esplicada por los sagrados monumentos. La hemos visto comenzar en Betlem, seguir en casa de Pilatos, llegar á su catástrofe en el Calvario, y concluir en el monte de las Olivas. El paraje mismo de la Ascension no está precisamente en la cumbre del monte, sino doscientos ó trescientos pasos mas abajo de su mayor altura.<sup>1</sup>

Bajamos del monte Olivete, y volvimos á montar á caballo para seguir nuestro camino. Dejamos á la espalda el valle de Josafat, y caminamos por sendas escarpadas hasta el ángulo septentrional de la ciudad; y desde aquí, volviendo hácia el Oeste, llegamos á la cueva donde Jeremías compuso sus *Lamentaciones*. No estábamos lejos de los sepulcros de los reyes, y fuimos á buscar la puerta de Jaffa, por donde salimos de Jerusalem. Cuando entramos en el convento eran ya las siete de la noche.

Cinco horas habian durado nuestras estaciones; pero yendo á pié y siguiendo por las murallas de la ciudad, apenas se necesita una hora para dar la vuelta entera á Jerusalem.

El día 8 de Octubre salí á las cinco de la mañana con mi comitiva para recorrer lo interior de la ciudad. Pero detengámonos aquí para recordar la historia de Jerusalem.

Esta ciudad fué fundada el año del mundo 2023 por el gran sacerdote Melchisedech, quien la llamó *Salem*, es decir, la Paz; y entonces solo ocupaba los montes Moria y Acra.

Cincuenta años despues de su fundacion la tomaron los

<sup>1</sup> Véase la nota I al fin del tomo.

jebuseos, descendientes de Jebus, hijo de Chanaan, y los cuales levantaron sobre el monte Sion una fortaleza, á la que dieron el nombre de su padre *Jebus*, y la ciudad fué llamada entonces *Jerusalen*, que significa *Vision de Paz*. Toda la Sagrada Escritura hace un magnífico elogio de ella. *Jerusalen, civitas Dei, luce splendida fulgebis. Omnes nationes terræ adorabunt te, etc.*<sup>1</sup>

Josué, en el primer año de su entrada en la tierra de Promision, tomó la parte baja de la ciudad de Jerusalem, dando muerte al rey Adonisedec, y á los cuatro reyes de Ebron, de Jerimol, de Lachis y de Eglon; pero los jebuseos permanecieron dueños de la parte alta ó de la ciudadela de Jebus, de la que no salieron hasta que los arrojó David, ochocientos veinticuatro años despues de su entrada en la ciudad de Melchisedech.

David engrandeció la fortaleza de Jebus, á la que dió su nombre, y tambien edificó sobre el monte Sion un palacio y un tabernáculo, para colocar en él el arca de la alianza.

Salomon aumentó la santa ciudad, é hizo levantar aquel primer templo, cuyas maravillas nos refiere la Sagrada Escritura y el historiador Josefo, y en el elogio del cual el mismo Salomon compuso escelentes cánticos.

Cinco años despues de la muerte de Salomon, Sesac, rey de Egipto, hizo la guerra á Roboam, y tomó á Jerusalem, que ciento cincuenta años despues fué saqueada tambien por Joas, rey de Israel.

Asaltada de nuevo por los asirios, se llevaron cautivo á Babilonia á Manasés, rey de Judá. En fin, en el reinado de Sedecias, Nabucodonosor arrasó la ciudad, abrasó el

<sup>1</sup> Tobías.

templo y se llevó los judíos á Babilonia. *Sion quasi ager arabatur*, dice Jeremías, *Hierusalem ut.... lapidum erat*. San Gerónimo, para pintar la soledad de aquella ciudad desolada, dijo que ni un solo pájaro se veía volar por ella.

El primer templo fué destruido cuatrocientos setenta años, seis meses y diez días despues de su fundacion por Salomon, el año del mundo 3513, y cerca de seiscientos antes de Jesucristo. Desde David hasta Sedecias pasaron cuatrocientos setenta y siete años, y hubo en ellos diez y siete reyes.

Despues de los setenta años de cautiverio, Zorobabel comenzó á restablecer el templo y la ciudad; pero habiéndose interrumpido la obra durante algunos años, la continuaron y concluyeron luego Esdras y Nehemias.

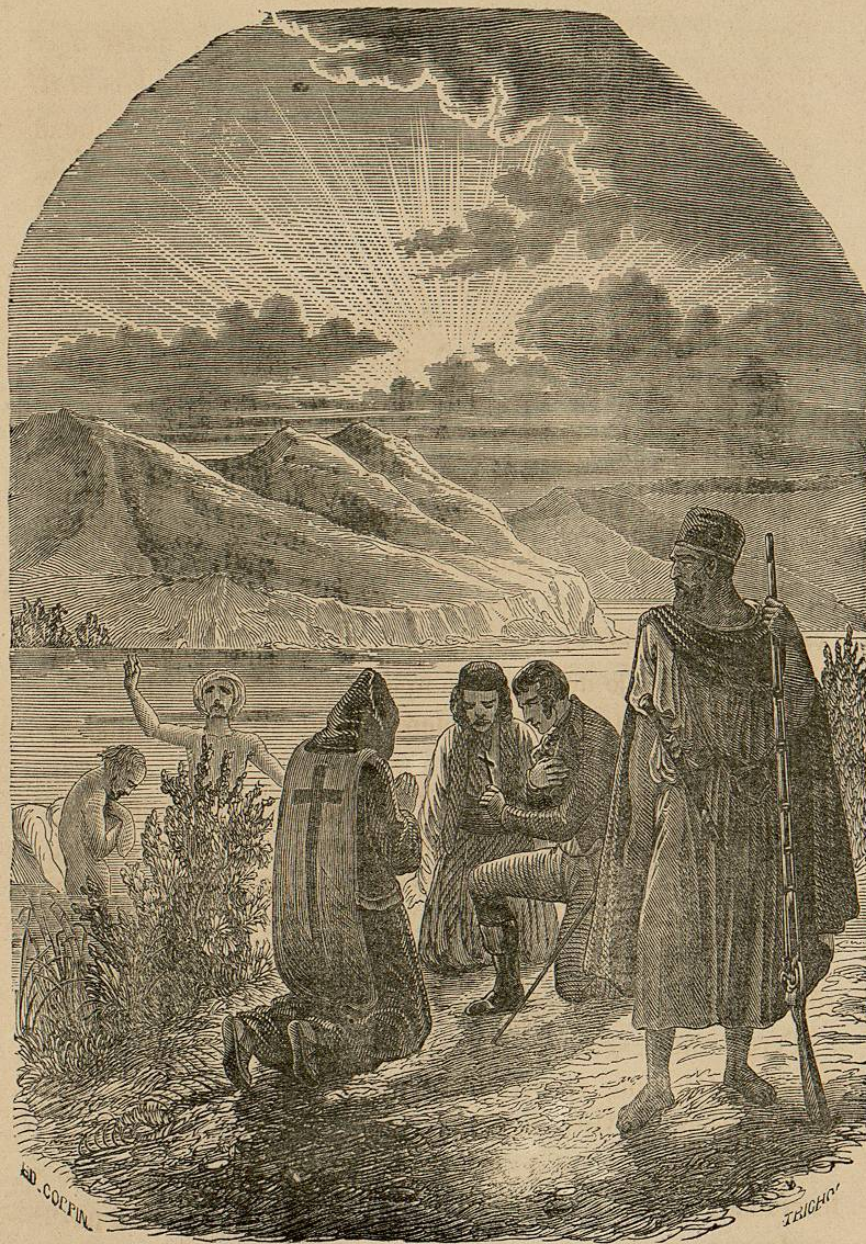
Alejandro pasó por Jerusalem el año del mundo 3583, y ofreció sacrificios en el templo.

Ptolomeo, hijo de Lago, se apoderó de Jerusalem; Ptolomeo Filadelfo la trató muy bien, é hizo al templo magníficos regalos.

Antioco el Grande echó de Judea á los reyes de Egipto, y la dió en seguida á Ptolomeo Everjétes. Antioco Epifanes saqueó de nuevo á Jerusalem, y colocó en el templo el ídolo de Júpiter Olímpico.

Los Macabeos dieron la libertad á su país, y lo defendieron contra los reyes del Asia.

Pero como desgraciadamente se dividieron la corona Aristóbulo é Hircano, recurrieron á los romanos, que despues de la muerte de Mitridates, dominaban en el Oriente. Con esto Pompeyo acudió á Jerusalem, y habiendo entrado en la ciudad, sitió y tomó el templo; pero Craso, que vino poco despues, saqueó aquel augusto edificio, que Pompeyo, vencedor, habia respetado.



Protegido Hircano por César, pudo mantenerse en la dignidad de sumo sacerdote; pero su sobrino, Antígono, hijo de Aristóbulo, á quien los pompeyanos habian envenenado, le hizo guerra con el auxilio de los partos, los cuales, cayendo sobre Judea, entraron en Jerusalem, y se llevaron cautivo á Hircano.

Protegido por los romanos Herodes el Grande, hijo de Antipatro, y distinguido oficial de la corte de Hircano, se apoderó del reino de Judea. Habiendo caído Antígono en manos de Herodes por la suerte de las armas, fué enviado á Antonio; y el último descendiente de los macabeos, el rey legítimo de Jerusalem, fué atado á un poste, azotado y muerto de orden de un ciudadano romano.

Dueño con este Herodes de Jerusalem, la hermoseó con magníficos edificios, de los que hablaré en otra parte, y reinando este príncipe, se verificó el nacimiento del Mesías.

Arquelao, hijo de Herodes y de Mariamma, Mariamne ó Mariene, sucedió á su padre; mientras que Herodes Antipas, que tambien era hijo de Herodes el Grande, fué tetrarca de Galilea y de Perea. Este Herodes fué el que hizo degollar á San Juan Bautista, y el que envió á Jesucristo ante Pilatos. Calígula le desterró luego á Lion de Francia.

Agripa, nieto de Herodes el Grande, pudo lograr el reino de Judea; pero su hermano Herodes, rey de Chalcide, mandaba en el templo y en el tesoro sagrado, porque era sumo sacerdote.

Muerto Agripa, fué convertida la Judea en provincia romana; pero habiéndose sublevado los judíos, Tito sitió y tomó á Jerusalem, durante cuyo sitio murieron de hambre doscientos mil judíos. Desde el 14 de Abril hasta el 1º de Julio del año 71 de nuestra era, salieron por una puerta